

CANTO DE ALABANZA (Canto de San Miguel)

7º- 8º

En una hermosa mañana de mayo, bajo un sol radiante, el joven Leufried cabalgaba por el campo. Llevaba una rama florecida enrollada alrededor de su yelmo, como símbolo visible de la alegría desbordante en su corazón. Un brillo de luz se reflejaba en los anillos de su armadura, como rayos de sol en el agua. Su estandarte ondeaba en la punta de su lanza. Justo el día anterior, había recibido la investidura de caballero del duque, a quien había servido como escudero durante años; ahora viajaba al castillo de sus padres para llevarles su saludo. Una y otra vez, recordaba las festividades que habían llenado los días pasados de tanto esplendor. Le habían ceñido la espada y colocado las espuelas en sus pies. El sacerdote celebró la misa, y él pronunció su juramento, profundamente consciente de sus altos deberes y de la consagración de su sagrado oficio.

Lo que no podía recordar con suficiente frecuencia era la noche que había pasado en la capilla del castillo, en solitaria oración. El altar brillaba bajo la luz de las velas titilantes; él velaba, observaba y yacía como en un estado febril. Su sangre joven anhelaba tanto acciones gloriosas que le parecía que toda la riqueza de una vida hermosa no podría satisfacer ese deseo, y pedía algo que superaba toda medida. Arrodillado ante la imagen de San Miguel, su santo patrón, había suplicado con devoción y fervor que lo bendijera con un milagro. Alzando la vista entre lágrimas, le pareció que la imagen le había hecho un gesto con la mano.

Era maravilloso reflexionar sobre todo esto durante el alegre viaje a través del paisaje primaveral. Estaba tan sumido en sus sueños y sólo alzó la vista cuando una sombra fría cayó sobre sus hombros. Evidentemente, había entrado en un desfiladero y avanzado un buen trecho. Sus paredes se elevaban a ambos lados, y a través de un techo de hojas de roble caía un tenue destello de luz. De pronto, su montura alzó la cabeza y relinchó con fuerza. Inmediatamente, desde muy cerca, respondió un resoplido que sonaba desafiante como un toque de trompeta. El camino giraba, y entre la hojarasca temblorosa, Leufried divisó a un jinete que se acercaba al paso.

-“El camino es demasiado estrecho para ambos. ¿Quién cederá el paso?”, pensó el joven.

Primero buscó el escudo del guerrero. En su tabardo y escudo podía distinguir claramente el símbolo que representaba un sol llameante sobre un fondo azul. El extraño no llevaba yelmo. La luz brillaba en su cabello como una encantadora corona de flores. Su armadura relucía en un amarillo brillante, como si estuviera forjada en oro. La oscuridad había desaparecido del camino, e, inspirados por la luz, numerosos pájaros comenzaron a cantar.

El joven Leufried tomó su lanza con ambas manos y bloqueó el camino. Pero el extraño no desvió su caballo; también sostenía su lanza extendida horizontalmente frente a sí.

-*"Esto significa combate"*, pensó el caballero, mientras la sangre le subía alegremente a las mejillas.

Clavó las espuelas en Beiar, su corcel de batalla y, rodeado por el polvo de la tierra levantada, cargó con la lanza baja hacia su enemigo. Con el impacto, el asta de su lanza se hizo añicos, pero el arma del guerrero desconocido lo golpeó en el pecho. Fue arrojado de la silla. Inmediatamente se puso de pie y, ardiendo de deseo de lucha, desenvainó su espada. Su oponente también tomó su espada y renunció a la ventaja del caballo y la lanza. Los golpes resonaron como martillazos en una herrería, y en el furioso vaivén de ataque y defensa, el acero silbaba en el aire, creando una ráfaga de viento donde las hojas se cruzaban. Leufried había cavado en la arena hasta las espuelas, la fuerza de la tierra lo llenaba, y en sus músculos crecía la resistencia obstinada de un roble robusto. Pero su atacante luchaba con una fuerza que el cielo le había concedido; en su agilidad, giraba como un vendaval, un resplandor cegador emanaba de sus armas, y cuando golpeaba, el enemigo parecía alcanzado por un rayo.

Pronto, el escudo de Leufried yacía en pedazos en el suelo, los anillos de su cota de malla saltaban, y la armadura alrededor de su cuello se desprendía. Un último golpe, que resonó por los bosques, luego un sonido agudo de metal chirriante, y el arrogante luchador cayó. Intentó levantarse, pero su poderoso oponente ya le había puesto una rodilla en el pecho. Leufried giró la cabeza hacia atrás y, al buscar una posibilidad de escape, se dio cuenta con consternación de que estaba rodeado por el brillo de alas blancas como la nieve. Entre las plumas, la luz ardiente del amanecer brillaba como estrellas. Sintió la punta fría de la espada en su cuello. Rogó por su vida y ofreció a Beiar como rescate.

-*"Exijo una promesa, un cántico"*.

-*"¿Solo un cántico?"*, preguntó Leufried, sorprendido.

-*"Cada noche un canto de alabanza que agradezca por el día que ha transcurrido. --*

*"Escucha, **así suena** ♪"*.

¡A - la - bo en la quie - tud noc-tur-na y mues-tro gra-ti - tud por
cán - gel San Mi - guel, a - co - ge mi so - li - ci - tud y

<https://ideaswaldorf.com/canto-de-alabanza-cl>

Y el extraño comenzó a cantar una melodía cuyo sonido debía avergonzar a los pájaros para siempre, mientras que la letra del cántico llevaba en sí la profunda pureza de la palabra de Dios. A Leufried le pareció que la melodía, llevada por la corriente de su sangre, le penetraba en el corazón, sólo comprendió que nunca podría olvidarla.

-*"¡Lo juro!",* exclamó entonces, levantando la mano para el juramento caballeresco.

-*"Pero el juramento se rompe",* dijo el extraño, "si el alma no se une jubilosa al cántico sólo si el espíritu está atrapado en el miedo y el dolor mientras el cántico de alabanza sale de tus labios".

-*"Que así sea",* dijo el joven.

El hermoso enemigo, con quien había luchado y a quien se había rendido, se levantó entonces, esbelto y grácil como el tallo de un lirio. Como un rayo de sol que de repente atraviesa las ramas, saltó a la silla. Inmensas alas batieron y bajo la hojarasca relampaguearon destellos. Y antes de que el joven caballero, más por feliz terror que por el dolor de sus heridas, perdiera el conocimiento, pudo balbucear un suspiro:

-*"Miguel"*

Cuando Leufried despertó de su desmayo, vio a Beiar, su corcel de batalla, de pie a su lado, con su fiel cabeza inclinada sobre él. Con dificultad y quejándose de dolor, montó; pues sus heridas ardían intensamente. Sin embargo, ese día aún recorrió un largo camino y al desmontar al anochecer y arrodillarse, cantó con alegría por primera vez su cántico. Porque para un guerrero es una deshonra ser derrotado en combate, pero nunca lo es si quien lo vence es un poder celestial.

Mientras duró su viaje, cada día un cielo primaveral de azul delicado se extendía sin nubes sobre la fértil tierra. El aire era transparente, claro, pero sobre la tierra flotaba un tenue halo de tristeza. Una enfermedad maligna asolaba la región, una y otra vez, el joven viajero veía un cortejo fúnebre pasar junto a los huertos blancos como las flores y las cabañas cubiertas de hojarasca primaveral por donde su camino lo llevaba. Pero en primavera, una sola noche puede cubrir las tumbas con flores y al caballero no le costaba esfuerzo, al atardecer, dejarse llevar por los colores vibrantes y sentirse feliz, cumpliendo su juramento con todo su corazón. No, la tarea con la que había comprado su vida no le parecía difícil.

Finalmente, al séptimo día de su partida del castillo ducal, comenzó a reconocer la zona. Muchos años atrás, había cabalgado por aquí con su pequeño caballo y había cazado su primera presa. Al saber que estaba tan cerca, la intensa nostalgia por sus padres se hizo tan grande que apenas podía soportarla. Cada vez imaginaba el reencuentro aún más hermoso: olvidaba que estaba cubierto de pies a cabeza en una armadura de hierro y que había luchado contra un ángel; porque cuando pensaba en todas las historias que quería contar, esperaba hacerlo sentado en el regazo de su madre sólo mirando con infantil reverencia el rostro severo y gris de su padre.

En los campos, los siervos trabajaban. No sabían que su joven señor pasaba a caballo. Después de muchos años, el recuerdo de un niño salvaje se desvanece. Y dos ancianos, que estaban cavando, interrumpieron brevemente su trabajo y señalaron hacia él. Con un gesto grandioso, alzaron los brazos al cielo. Leufried creyó escuchar un lamento a lo lejos.

-*"Un saludo peculiar"*, pensó, reflexivo.

En vano intentó entender su significado, se rió de su preocupación, pero su corazón latía con temor. Su impaciencia ardió con más fuerza y clavó las espuelas en Beiar. Desde el este, se acercaba una tormenta. Sombras de nubes flotaban sobre la tierra bañada de luz. Finalmente, ante él se alzaron las torres del castillo. Unos cuantos saltos poderosos y se detuvo ante el foso. Para su sorpresa, el puente levadizo estaba bajado. Cabalgó sobre las tablas que resonaban huecas; nadie lo saludó allí. Con manos temblorosas, ató las riendas de Beiar a un anillo en la pared. Luego cruzó el umbral. El salón parecía desierto. Gritó, pero nadie respondió. Subió tambaleándose los escalones oscuros. En un terror mortal, abrió las puertas con furia. La fría vacuidad de las habitaciones se burlaba de él. Hasta que, al entrar en la última estancia, lo recibió un silencio susurrante, atravesado por el pálido brillo de las velas. Comprendió de inmediato, aunque ningún corazón lo recibió allí, que ya no estaba solo. Con cuidado, como temiendo molestar a un durmiente, se acercó y se detuvo frente a una cama donde yacían dos figuras extendidas. Sus rostros sin vida descansaban juntos sobre una almohada y sus cabellos grises estaban entrelazados. Un sudario negro, con una gran imagen de cruz que extendía sus brazos misericordiosos, los cubría.

Lo primero que Leufried comprendió de toda su miseria fue un sobresalto, como si una mano áspera le cerrara la boca. Todo lo que había deseado contar, los relatos que revoloteaban alegres alrededor de sus labios, debía callar para siempre sólo hundirse en un silencio insondable. Primero se sintió como un niño decepcionado, pero luego lo invadió una tristeza negra y amarga por lo perdido. Cuando ya había llorado hasta el cansancio, comenzó a vagar por la habitación, tambaleándose y medio ciego por las lágrimas, como si quisiera palpar en los objetos lo que no podía creer. Tomó un rollo de pergamino de la mesa, que estaba sujeto con un llavero.

Con letra temblorosa, su padre había escrito una carta de despedida, un último saludo, un deseo para él. Luego, en la locura de la desesperación y el horror, comenzó a abrir arcas y armarios; como un demente, sacudía la cabeza y balbuceaba palabras sin sentido. Durante mucho tiempo miró los cajones y compartimentos, donde yacían ordenadamente las pertenencias de su madre.

Recordaba algo delicado y colorido que ella solía llevar y una joya sencilla que una vez le había sentado tan bien. También reconoció los conmovedores objetos infantiles: vestiditos que podían cubrirse con una mano, juguetes, pequeños tesoros y un primer arco y flecha. En estas señales silenciosas leyó cómo había vivido en el corazón de su madre; y esto lo conmovió tan profundamente que tuvo que sonreír. Pero su desesperación se avergonzó de esa sonrisa. Y gritó a los muertos, como si quisiera despertarlos. Apoyó la frente en el borde de la cama; se arrancó la armadura sólo volvió a abrir heridas apenas cicatrizadas con sus uñas. Y, mientras se hundía en su dolor, llorando y sangrando, de repente lo llamó el sagrado deber de su canto. Pálido como la muerte, se incorporó y giró la cabeza, como si escuchara.

-*"El juramento se rompe si el alma no se une al regocijo del canto"*, había dicho el ángel.

¡Eso no podía ser! Perdería su honor y ya no sería digno de portar armas. Ah, y entonces comprendió claramente el precio que se le exigía.

Las velas ardían más tenues: quizás la noche ya había caído. No podía quedarse en la cámara mortuoria. A tientas, buscó el camino escaleras abajo. Lo guiaron como a un ciego. Pronto se encontró, descubierto, bajo el sol en ese rincón tranquilo que desde su infancia había sido su favorito: el pequeño jardín de frutas y flores, protegido y resguardado, donde el muro del castillo hacía una curva. La tormenta había pasado, los parterres aún brillaban húmedos, una mariposa volaba y el zumbido de las abejas subía y bajaba, como si las melodías se tocaran en las cuerdas de los rayos de luz que entraban. Apoyado contra la áspera y cálida pared de la torre, Leufried miraba fijamente el resplandor de colores; y mientras pasaba la mano por la piedra agrietada, de repente descubrió las marcas talladas en la piedra que su padre solía hacer cada año para medir su crecimiento. Sus hombros ahora superaban la marca más alta. Sonrió conmovido, como antes, cuando un olor de tiempos pasados le llegó desde el viejo armario. Alrededor, los arbustos florecían. *¿No parecía que nunca se habían marchitado desde su infancia?* Así de fresca y llena del pasado, la memoria comenzó a florecer en su alma. También ella se convirtió en un jardín adornado por la primavera. Las pequeñas cosas que una vez lo habían sorprendido y alegrado de niño, la dulzura y bondad con las que se había cuidado y guiado el joven retoño para que creciera recto, todo el calor que lo había educado y formado, revivía en sus sueños, brillante y delicado como el verde alegre de mayo en el jardín. Estaba abrumado. Rodeado de flores, se sintió en el árbol mágico de una juventud eterna. Le parecía imposible creer que sus padres lo hubieran dejado; *¿acaso su amor no florecía a su alrededor?*

El atardecer caía. Los colores melancólicos se desvanecían en el horizonte. De allí surgió un destello dorado. Casi sin darse cuenta, dobló las rodillas para cumplir su promesa. Pero cuando comenzó a cantar su canción, antes de que oscureciera, estaba llena de gratitud y tenía el sonido brillante de la pura alegría.

A la mañana siguiente, los muertos fueron enterrados en la capilla del castillo. Los sirvientes, que se habían escondido el día anterior porque nadie se atrevía a darle la triste noticia al joven señor, ahora se reunieron alrededor de la cripta. Entre la gente, con la cabeza descubierta, Leufried vio a un anciano imponente, de porte sólo mirada noble. Cuando terminaron los ritos, el desconocido le puso una mano en el hombro y lo invitó a su castillo. Y entonces Leufried reconoció al hermano de su padre.

Después de confiar la administración de sus tierras al mayordomo del castillo, ensillaron los caballos y los parientes cabalgaron hacia la clara mañana de primavera. El señor Otto parecía un hombre callado. Alto sólo erguido en la silla, su compañero de viaje tenía que mirarlo una y otra vez. Sus rasgos severos, que se parecían al retrato de una moneda pagana, lo llenaban de respeto. Leufried se sentía tranquilo y sereno. Se había desprendido de las cosas terrenales; quería tomar la cruz, embarcarse hacia Tierra Santa y si regresaba sano y salvo, entrar en un

monasterio. Compartió su decisión con el señor Otto. Este se inclinó hacia adelante cuando su caballo se encabritó sólo respondió, mientras le palmeaba el cuello:

"Sólo Dios sabe lo que la vida traerá"

En el castillo, al que pronto llegaron, la noble dama les dio la bienvenida. Leufried respondió balbuceando, conmovido por su juventud y belleza. Tras un breve saludo, se sentaron a la mesa. Pajes sirvieron la comida. Las hierbas frescas esparcidas por el suelo de la sala desprendían el aroma de un paisaje primaveral. Los rayos del sol que entraban por una de las ventanas bañaban a Leufried, que enrojecía, con un resplandor dorado y colores alegres.

La anfitriona lo miró y pensó: *"mayo ha entrado aquí y está sentado a la mesa con nosotros"*. Luego volvió la cabeza hacia el señor Otto, su esposo. Él le hizo un gesto de asentimiento. Su saludo la llenó de alegría.

"Oh, dulce sabiduría", suspiró, "ella dará paz al corazón".

Volvió a mirar la luz del sol que bailaba alrededor del joven caballero. El amor cortés y las flores de primavera siempre se cantan juntos. Quizás y una mujer con un hijo puede estar tranquila y sin deseo. El beso que despierta a un niño, nunca lo había recibido. Ah, una boca sobre la suya, una boca como una flor de mayo que acaba de abrirse... *¿Qué quería el sol con ese cabello suave y esos labios rojos, y por qué la luz se había ceñido como una armadura ardiente alrededor de los fuertes hombros de ese joven?* Cuando le pasó la copa a Leufried, tembló tanto que derramó el vino sobre el mantel de lino.

Con la mano en el corazón, el joven caballero le dio las gracias. Pero lo que cantaba en su corazón como una alondra, lo que brillaba como rocío y destellaba como un capullo, el inexperto no podía comprenderlo ni sabía cómo nombrarlo. En los primeros días de su estancia con el señor Otto, le avergonzaba amargamente que su dolor le pareciera tan fugaz. Ahora le parecía que había soñado hacía mucho tiempo que lo más querido le había sido arrebatado.

Pero la tumba, que recordaba lo más terrible, ya no le decía nada. A menudo, en medio de sus pensamientos melancólicos, lo invadía una alegría repentina y jubilosa, extendía los brazos hacia una nube de perfume que el viento traía desde los campos, como si quisiera abrazar toda la vida en un gran ramo de flores. Los planes que había compartido con tanto seriedad con su anfitrión parecían olvidados. Ahora prefería soñar con torneos donde se rompían lanzas por hermosas damas, se llevaba un signo secreto y se recibía un premio de rodillas. Pero esto quedó en un deseo.

Tales festividades ruidosas no encajaban en el tiempo de luto. Sin embargo, la caza se convirtió en su pasión. Era maravilloso cabalgar por los campos en un corcel resoplando, ver a los perros correr con la lengua afuera, intercambiar breves palabras con una compañera esbelta y alegrarse profundamente de cuánta gracia noble podía revelarse en la forma en que un halcón era llevado en la mano extendida. Y qué delicia era perderse y reencontrarse en la espesura del bosque persiguiendo una presa, o correr tras un velo que flotaba entre los arbustos, para finalmente

derribar al ciervo con una lanza afilada, como si así pudiera apoderarse de lo que sus deseos perseguían.

*¿Era de extrañar que por la noche el **canto de alabanza** exigido por el ángel sonara más alegre sólo audaz que nunca?*

A veces, las notas subían a la torre y entraban por una ventana abierta. Entonces, una mujer lloraba por un deseo insaciable. En la profunda sombra de la habitación oscura, una figura gris sólo encorvada acariciaba su mano. Así, la vieja nodriza murmuraba sus palabras de consuelo astutas y persuasivas.

Leufried también despertaría de su ignorancia. Una mañana espléndida, ya en verano pero aún no junio, se retiró a una glorieta en el jardín del castillo para escribir un informe para su mayordomo sin ser molestado. Colocó el pergamino y los útiles de escritura frente a él. Antes de comenzar su laboriosa tarea, miró una vez más el jardín soleado. Entonces vio brillar una flor: la primera rosa del año. Se levantó para cortarla. Pero, al hacerlo, se pinchó con una espina. Llevó el dedo, del que brotaba una gota de sangre, a sus labios y en una revelación impactante, de repente se dio cuenta de cuánto amaba a la señora Jacoba.

Su corazón latía con fuerza; caminó de un lado a otro por los senderos del jardín, su rostro estaba bañado por la luz del sol. Y como era joven sólo estaba destinado al servicio sagrado, su primer gran gozo se convirtió en un poema. Como ebrio, vagando entre los arriates, balbuceaba las palabras. Estaban escritas en un tono ligero y sencillo, como solían cantar los trovadores: sobre el mes de mayo, que regresa al campo y hace trinar a los pájaros; los prados llenos de flores, pero la mano que las arranca es más hermosa que todas ellas. La bella dama es el milagro más encantador de esta estación.

Después de rimar un rato con el corazón lleno de júbilo, recordó su trabajo y se retiró. Con cuidado, comenzó a escribir en el pergamino, pero no con el informe para el alcaide del castillo, sino con las estrofas de su canción de amor. No parecía muy hábil en la escritura. Lento en su tarea, al fin la terminó. Entonces, el impulso lo llevó de nuevo al aire libre y mientras cruzaba con largas zancadas el patio florido, leía en voz alta para sí. De pronto, una sombra cayó sobre el camino de arena y una voz melosa preguntó:

«Señor, ¿para quién es esta canción?».

Cuando Leufried, sorprendido, alzó la vista, distinguió a una anciana encorvada, con la piel ajada, como la hermana de la serpiente, que sabe alabar frutos prohibidos.

«Conozco unos ojos hermosos que brillarían al leer esta canción», insistió, señalando con la cabeza hacia la ventana de la torre. Y luego continuó, urgente:

«Ay, señor Leufried, ¡entregádmela! Le arrancará suspiros de anhelo».

El joven caballero vaciló, buscó palabras ... pero, antes de darse cuenta, la vieja bruja ya había desaparecido con la preciosa hoja.

A la mañana siguiente, incluso antes del primer canto del gallo, Leufried caminaba de nuevo por el jardín húmedo de rocío. Quizá lo había traído allí la esperanza de un milagro; o tal vez lo atraía el exterior porque ya no podía dormir en su cama, enredada en deseos y sueños como una pérgola. Ni él mismo lo sabía. Se agachó junto al arroyo que fluía por el jardín de recreo y confió sus mil pensamientos a las murmurantes olas. Un tosido lo sobresaltó. La que se había acercado en silencio, con suaves zapatillas, se inclinó con sumisión acechante sólo dijo:

«¿Cómo, señor, sois más madrugador que los pájaros? Mi señora os saluda y os regala esto en agradecimiento».

Luego le entregó algo envuelto en un paño. Leufried lo tomó con pasión y corrió a su habitación. Con cuidado, lo desenvolvió, desenrolló el pañuelo de seda. En su mano se desplegó un cinturón que había visto lucir a Jacoba en varias ocasiones. Estaba entretejido con hilos de plata y en la hebilla se distinguía, elaborado con relucientes piedras preciosas, un pequeño ciervo saltando.

Conmovido, besó el amado regalo, se desabrochó el jubón y se ciñó la banda alrededor de la cintura desnuda. Le pareció como si se hubiera colocado un anillo de fuego alrededor del corazón, que, sin embargo, no podía evitar que su tranquilidad y paz lo abandonaran. Sin embargo, ahora comenzó a caminar cantando por los campos; oh, era un canto y un baile en lugares solitarios, donde la luz del sol se filtraba entre las hojas, una búsqueda de flores y un baño en el arroyo fresco. Pero cuando Leufried y Jacoba se encontraban, no eran capaces de hacer nada más que ruborizarse, bajar la mirada y ocultar su deseo bajo el temeroso respeto por las costumbres.

Sin embargo, hay corazones que anhelan algo más que y suspirar desde lejos. Así, el mensaje de la impaciencia decía:

-"Hoy temprano, el señor Otto salió a caballo. No regresará hasta mañana. La puerta de la cámara no estará cerrada esta noche".

La nodriza recibió un anillo reluciente como pago por su mensaje. Beiar fue ensillado. Al galope desenfrenado, el viento silbaba entre los cabellos voladores del jinete, pero no lograba enfriar sus ardientes mejillas. El sol ya comenzaba a ocultarse cuando Leufried regresó de su cabalgata, radiante, como si hubiera atrapado a la felicidad misma por los cabellos. Se sentó en el jardín al mediodía y esperó. Mientras, miraba fijamente el césped, observando cómo las sombras se alargaban. Con sorpresa, notó que en el arbusto cuya primera rosa había arrancado, había un nuevo capullo a punto de florecer.

-"Esta noche se abrirá", pensó, mientras la sangre le subía a las mejillas.

-"Iré a verla cuando haya cantado la canción", murmuró.

-"¡Qué hermoso sonará!"

Al mismo tiempo, imaginó al señor Otto cabalgando por el campo. Su rostro sereno, al que los años habían dotado de una expresión de quieta paz, estaba vuelto hacia las nubes. Con la misma mano fiel que, en el día más difícil de su vida, había posado cálidamente sobre el hombro del

afligido, ahora sostenía las riendas. Leufried se pasó la mano por la frente; quería pensar en cosas alegres: en besos, en amor y en su canción. Pero no era dueño de sus pensamientos.

Le vinieron a la mente palabras de su juramento como caballero, palabras que hablaban de honor y pureza. Una y otra vez, recordaba la cálida bondad de su anfitrión. La inquietud lo atormentaba. Aunque el día aún no se había desvanecido por completo en el horizonte, deseaba cantar ya, para calmar su agitación una vez tan glorioso y puro, tan hermoso como cuando el ángel lo entonó por primera vez y un eco de las esferas celestiales resonó en él.

¿Acaso algo tan sagrado, con lo que había vencido su más íntimo dolor, encajaba con los deseos furtivos de esta hora que nublaba los sentidos? Temblando de angustia, comprendió: aquí había que elegir —cantar o ir a casa de la señora Jacoba.

Por un momento, estuvo desgarrado; y en ese breve instante, las ramas del árbol de su juventud se quebraron sólo las flores fueron arrancadas. Y cuando comenzó a cantar, jubiloso y alabando, no lo hizo con la voz de un joven, sino con el profundo y poderoso sonido de una voz de hombre.

Agotado por su lucha, permaneció un rato más arrodillado en la hierba. Había cerrado los ojos ante la luz deslumbrante. Entonces oyó el resoplido de un caballo. Y cuando alzó la cabeza, el señor Otto estaba a su lado. Había desmontado, se inclinó hacia él y lo besó en la frente.

-"Ese fue un buen noble canto de alabanza", dijo con solemnidad.

Esa misma noche, Leufried partió, para no regresar. Buscó aventuras y peligros. Pero no pudo olvidar a la mujer que había despertado su corazón. En su escudo, llevaba un cinturón en el yelmo y la coraza. En justas y torneos, luchó por una mujer cuyo nombre guardó como un sagrado secreto. Como rescate, exigía al vencido la promesa de viajar descalzo y a pie hasta un castillo lejano y entregar allí, de rodillas, un presente.

Durante todos esos años, nunca dejó de cumplir con su deber al anochecer. Si el día había traído éxito y victoria, cantaba jubiloso como una alondra al amanecer. Si la desgracia lo alcanzaba y sufría derrotas sólo humillaciones, siempre encontraba, antes de que cayera la noche, la alegría deseada.

¿Cómo podría este pequeño dolor confundir al hombre que supo dar gracias junto a un lecho de muerte sólo que dominó su juventud en un canto?

En su diaria convivencia con lo que un poder celestial le había impuesto, se convirtió en uno de esos afortunados para quienes el dolor es un maestro y guía en la vida, cantado por la pura bondad de Dios.

Sin embargo, a menudo le costaba encontrar la paz necesaria para su canto cuando pensaba en todo el sufrimiento del mundo. Él mismo era un guerrero fiero y temible; pero protegía a los débiles, era compasivo con los pobres y no manchaba sus armas con injusticias.

Una vez, al regresar de una campaña y acercarse a su castillo, los campos de trigo que habían brotado estaban pisoteados; los árboles frutales, ya enrojecidos ante la cosecha otoñal, habían sido talados, y en los pastos yacían las vacas muertas, con las patas rígidas y extendidas hacia

el cielo. En el horizonte, columnas de humo oscuro se alzaban, pesadas y lentas como un glotón satisfecho, hacia el cielo. Mientras el caballero pasaba junto a una granja quemada, oyó un llanto débil.

Dirigió su caballo hacia el patio. Con cuidado, el animal pisó sobre el cuerpo inerte de un hombre que yacía entre vigas carbonizadas y enseres domésticos rotos, con el cráneo destrozado. El llanto sonaba más claro; y de repente, el señor Leufried vio un árbol frutal deshojado y esquelético. En la rama más gruesa, habían colgado a una mujer. Su cabeza había caído sobre el pecho, una delgada mecha de cabello se deslizaba sobre su hombro, y su aspecto era desgarrador cuando un rayo de sol cálido y dorado iluminó sus pesados y tiernos pechos de madre. Junto al tronco, un niño pequeño estaba sentado con las piernas abiertas, gritando a todo pulmón, seguramente porque, tan cerca de la fuente que antes lo había saciado, no podía entender su sed. Al otro lado, inmóvil, había otro niño que parecía comprenderlo todo; y llevaba una camisita, con una mano agarrada al cuello y su boca, retorcida por el miedo, era un grito de angustia, aunque no emitía sonido alguno. Las lágrimas que le corrían habían dejado marcas lamentables en su carita manchada de hollín y humo.

El señor Leufried saltó rápidamente de la silla y cortó la cuerda con su espada, pero sintió que el corazón de la mujer ya no latía. Luego, con los dos niños en brazos, montó con cuidado su caballo y emprendió el regreso al castillo con su carga inusual. Pronto, el pequeño apretó sus labios contra el peto de la armadura y chupó, como si estuviera amamantando; poco después, se durmió. La hermanita mayor temblaba donde la mano de hierro la sostenía con suavidad, pero no tardó en cobrar confianza; curiosa, miró hacia las riendas y le dijo algo riendo a Beiar.

Al llegar al castillo, Leufried entregó a los pequeños huérfanos a la esposa de su castellano y le encargó que cuidara de ellos; luego, se quitó la armadura, se lavó, se arrodilló y pidió a Dios que bendijera su regreso. Pero esa noche, cuando estaba en su solitario jardín de frutales dentro de los muros del castillo y se volvió hacia el oeste para entonar su canto de alabanza, no había alegría en su corazón. No podía apartar de su mente todo el sufrimiento que había visto; su espíritu no estaba claro y sin miedo, como correspondía a su agradecimiento. Buscaba y suspiraba. Contra su propio dolor podía luchar, pero ¿qué hacer con la desgracia de estos indefensos? Mientras apartaba las ramas de un arbusto de lilas para sumergirse mejor en la claridad del cielo, oyó voces detrás de él. Al volverse, vio a los dos niños, vestidos con elegantes trajes de nobles. La niña llevaba al pequeño en brazos y se acercó con su vestido rojo de terciopelo, mientras su cabellera suelta, como un tesoro de cuento de hadas, brillaba bajo el sol. Juguetona, se acurrucó junto al señor Leufried y le pidió una canción antes de dormir. El pequeño le había puesto sus manitas, más ligeras que un pétalo de flor, sobre el hombro. Sintió el latido de sus corazones, su aliento; pensó en los campos devastados que había visto, pero que ya germinaban para una nueva cosecha; pensó en los jardines pisoteados, pero llenos de futuros frutos; también pensó en la madre, mientras el tesoro del futuro, nacido de su propia sangre, descansaba tan cerca de su pecho. ¡He aquí que la vida no arranca una rosa sin devolver un jardín!

-*"Muy bien"*, dijo el señor Leufried, acariciando el cabello de su pequeña adúladora. Y la canción que entonó entonces, con dos voces infantiles desafinando a su alrededor, no fue otra que el canto de agradecimiento de San Miguel por ese día.

Los años pasaron. El cabello de Leufried comenzó a encanecer en las sienes. La imagen de aquella que una vez había deseado con tanto ardor en su juventud se desvaneció. Entonces, tomó por esposa a una joven callada y recogida de los alrededores, casi una niña. Esperaba que las persianas cerradas de su sombrío castillo se abrieran, que los alféizares se adornaran con flores y que en verano se disfrutara del canto de los pájaros. Todo eso sucedió. Pero el caballero fue bendecido con mucho más. La joven, que había aprendido a soñar y rezar, reconoció en el señor Leufried la marca donde el ángel lo había tocado en su lucha, por lo que lo amó como a un héroe y un santo.

Por las noches, lo escuchaba cantar. Y las palabras de su alabanza le parecían más hermosas y profundas que todo lo que había oído antes. Se acercaron tanto que el caballero le contó su lucha con San Miguel, los terribles golpes, la derrota y la promesa que había hecho bajo la sombra de sus alas. Desde entonces, cantaban el himno juntos. Y desde que una voz femenina se unió a la suya, a Leufried le pareció que antes sólo había comprendido el misterio de su oración de gratitud. Ahora parecía ser más ardiente y pura.

Allí en el castillo comenzó un tiempo maravilloso. Un compañero invisible parecía ser su huésped; siempre sentían su presencia. Ningún deseo nacía que no recibiera su bautismo a través del canto; ninguna acción se realizaba sin ser consagrada por el canto de alegría; y cuando se encontraban y se besaban, nunca olvidaban el sonido puro y profundo que, jubiloso, ahogaba el rugir de su sangre.

Así vivían, y su felicidad habría sido sin sombras si no hubieran deseado un hijo. Más tarde, Leufried pensó que este deseo no había sido bueno, porque su amor ya había producido un milagro. Después de varios años de matrimonio, en el solitario castillo se susurraba con ojos radiantes sobre una alegre espera. Pero el mismo día en que dio a luz a un niño muerto, la madre falleció.

El señor Leufried se sentó en la silenciosa habitación junto a la cama que había adornado con flores. Sostenía la mano de Margareta y le hablaba suavemente una y otra vez. No estaba solo en su dolor. El alma del canto sagrado velaba con él y cubría las paredes con el blanco inmaculado de sus alas. Llenando incluso los rincones más remotos con su luz, el canto ayudó al caballero en su despedida. No era una despedida de su amada, pues con ella, superando la muerte, entraba unido para siempre en la radiante oscuridad de Dios. Pero se despidió de todo lo que en la Tierra se puede esperar: flores coloridas, frutas, estaciones, besos de mujeres y la corona de laurel de la gloria. Le costó esfuerzo desprenderse de ello, pero tenía que dejar atrás esa dulzura si quería permanecer con Margareta en su nuevo y extraño mundo. El canto fue su apoyo y consuelo con su plumaje brillante y se entregó para siempre al gran sueño. Cuando llegó la noche y, apoyado en la ventana, vio los campos tendidos como prisioneros, atados por hilos de joyas centelleantes de flores y colores, experimentó el hermoso paisaje sólo como una parábola.

El antiguo castellano, sentado en un banco de césped en el huerto, enterrado en el pasado y pensando en su difunta señora, se persignó al escuchar el canto del señor Leufried resonar desde la ventana de la torre. Le sonó como el solemne canto de los himnos que por la noche rodean un solitario monasterio durante las vísperas.

Después de enterrar a Margareta y a su pequeño hijo, el caballero convirtió sus posesiones en dinero. En ese tiempo, se difundió un maravilloso rumor; los peregrinos lo predicaban y llamaban a los guerreros a emprender un viaje lejano. La realidad fue olvidada; los países renacieron en la imaginación desbordante. El señor Leufried se unió a los cruzados. Cruzó el mar y luchó contra los infieles; quedó demacrado hasta los huesos por las privaciones; sufrió sed y estuvo cubierto de heridas. Realizó hazañas admiradas por sus compañeros de armas pero menospreciadas por él mismo.

Una extraña esperanza, de la que no hablaba con nadie, le daba el coraje para lo que otros consideraban sobrehumano. Confiaba firmemente en que Margareta vendría a su encuentro si alcanzaba el Santo Sepulcro y podían cantar juntos el canto una vez más. Ahora lo cantaba solo: junto a un manantial que murmuraba bajo las palmeras, cuando el atardecer había silenciado el ruido de las armas en los campamentos, o en los atrios de las mezquitas ardientes, o allí donde la arena del desierto amontonaba sus olas hasta el horizonte llameante, como un mar encantado.

El ejército cruzado fue azotado por la desgracia; los ojos que buscaban a Dios no vieron Jerusalén. Cuando el caballero regresó a su patria, todo su patrimonio consistía en una espada que ya no podía blandir. Sin embargo, trajo consigo una terrible enfermedad de Oriente. Su piel se cubrió de llagas malignas y su rostro se volvió blanco como la nieve. Sus iguales no quisieron tolerarlo más entre ellos. Se retiró a una remota región de bosques y pantanos, donde los leprosos habían construido sus chozas. Debía vestir ropas oscuras y un sombrero de ala ancha para no asustar a la gente con su aspecto repulsivo. Hacía sonar una matraca para advertir de su llegada. Pero nadie podía quitarle su canto. Para él, se convirtió en el verde fresco que pone fin al invierno, en el canto del gallo que anuncia el amanecer, en un beso sobre sus labios sangrantes. Se lo regaló a los enfermos; a sus hermanos les llevó el canto de gratitud. En muchos corazones desesperados despertó una risueña maravilla ante el mensaje de alegría, hasta el punto de que el cuerpo sanaba. Los curados podían regresar al mundo. A los que no sanaban, los inició en el trabajo. Se desecaron pantanos y se talaron bosques. Y más tarde, cuando en las pacíficas tardes de verano disfrutaban del merecido descanso, se maravillaban de cómo algo tan perfecto había surgido de las manos mutiladas: el oro puro de los campos de trigo ondulantes y la piel inmaculada de las frutas de mejillas rojas.

En esos días, se difundió el rumor de que los leprosos habían elegido un rey y pretendían apoderarse del gobierno del país. Se decía que en su asamblea habían decidido derrocar al emperador de su trono. Mientras tanto, ya estaban envenenando los pozos y pronunciando palabras de maldición sobre toda vida floreciente. Los inquietos caballeros se agruparon en una horda de guerra. El territorio donde Leufried había llevado la felicidad fue rodeado.

Al anochecer, cuando los enfermos se habían reunido para cantar el himno de alabanza, se dio la señal de ataque. Con los brazos extendidos, los indefensos se apiñaron alrededor de aquel que, de una manera muy diferente a lo que creían los enemigos, era su rey. Rápidamente fueron masacrados. Pero cuando un mercenario levantó su espada para golpear al señor Leufried, un guerrero salió de los arbustos y le arrebató el arma al asesino. Leufried miró a su salvador, que no llevaba casco y cuya cabeza brillaba con un resplandor. En su escudo reconoció la imagen radiante del sol. Se sintió elevado como un niño que, ya medio dormido, es llevado a su lecho. La tierra retrocedió, una ráfaga de viento de poderosos aletazos confundió sus pensamientos. Pero aún pudo recordar que el anochecer llegaba y era hora de cumplir su juramento. Una vez más entonó el canto y nunca antes había sonado tan sublime. Sin embargo, esa vez no sólo dio gracias por un día, sino por toda una vida. Sobre el campo de batalla, las notas volaron como pájaros blancos y puros, llevando a los mártires sangrantes que reconocieron el canto del señor Leufried la dulce noticia de la inmortalidad.

Aportación de IdeasWaldorf

Otros cantos y temas de Micael en <https://ideaswaldorf.com/todo-sobre-micael/>